

habiéndose asimilado usos y costumbres de gente civilizada, facilísimamente, por ilógico que parezca, vuelven á la vida semi-salvaje en el momento que tornan á pisar las riberas ó los bosques de la región del Yaqui.

Segundo: Todos los Yaquis civilizados, *sin excepción*, apoyan, *incondicionalmente*, á sus congéneres, habitantes del Río Yaqui, ministrándoles dinero, viveres, municiones y armas.

Tercero: Todos los habitantes del Estado, comerciantes, industriales, agricultores, mineros, jefes de familia, en fin, todos aquellos que necesitan servicio fuerte y barato, emplean á los indios Yaquis, que pueden considerarse su «fuerza motriz,» no tienen con quienes sustituirlos y nos llevan fatalmente á esta triste deducción, clara y enérgicamente formulada por un estadista: «La mayoría de los habitantes del Estado, es cómplice de la rebelión de los Yaquis.»

Inmediatamente que el General en Jefe tuvo noticia de lo ocurrido en Báahacum, tomó disposiciones militares y contestó el ultimatum recibido de Vicam:

«Tórin, Julio 23 de 1899.

«Acabo de recibir un papel en que, tomando el nombre de los ocho pueblos del Yaqui, me preguntan ustedes lo que pienso de los acontecimientos que tuvieron lugar en Báahacum, el día 21 del corriente á las 9 de la mañana y á la vez se permiten amenazarme con la guerra si no salen del Yaqui los vecinos blancos y las tropas.

«Lo que pienso de lo ocurrido en Báahacum, en la fecha citada, es que ha sido una traición cobarde cometida por ustedes contra su Jefe Juan Maldonado y que ha sido un asesinato la muerte que han dado á algunos de los soldados leales que trataron de defenderle. (El General Torres no podía concebir que Tetabiate fuera el primer traidor.)

«Ustedes no son los ocho pueblos del Yaqui, ni se les puede considerar sino como una cuadrilla de malhechores, que, no queriendo paz ni trabajo honrado y desconociendo los beneficios que han recibido del Gobierno, se han reunido para cometer robos y asesinatos.

«Por los crímenes que han cometido ya y por la actitud rebelde en que se encuentran, merecen el más severo castigo y yo, que estoy encargado del mando de las fuerzas del Supremo Gobierno del Estado aquí, y que conozco el sentir de los Yaquis honrados, voy á proceder á la persecución de ustedes con la ayuda eficaz que me ofrecen los mismos Yaquis y con todos los elementos que el Gobierno ha puesto en mis manos, hasta castigarlos como merecen.

«Les contesto su papel porque quiero exhortarlos á que se arrepientan, depongan su actitud hostil y se sometan desde luego á la obediencia del Gobierno, advirtiéndoles que de no someterse, procederé á su persecución como les digo y les castigaré con el rigor que merecen.

«Por último, les manifiesto que si de mí tienen alguna queja, pueden exponérselas al Señor Presidente de la República, mandando un emisario que vaya á hablar con él.»

Se envió una columna sobre Báahacum á las órdenes del intrépido General Don Lorenzo Torres.

Se desconocía el número de enemigos, sabíase empero que eran muy numerosos.

Para atajar la ola invasora, dióse al General Torres—Don Lorenzo—cuanta fuerza se pudo disponer en Tórin: ¡ciento cincuenta hombres!

Después marchó á reforzarle el Coronel García Hernández con otros 150.

El valiente General combatió tres días contra los huestes rebeldes, haciéndoles experimentar serias pérdidas.

Entre los muertos se encontraron los tres Jefes de Báahacum: el «Jopo,» «Plumas blancas» y «Antonio Fierro.»

De entonces á la fecha la guerra ha continuado fatal, desastrosa para los Yaquis, sin que



CORONEL FRANCISCO PEINADO

éstos hayan obtenido un sólo triunfo; pero los indios continúan tan soberbios y obcecados como el primer día.

Con sobrada razón afirma el Sr. Coronel Gil que el movimiento de los Yaqais estaba premeditado desde hacía mucho tiempo, y es indudable que Tetabiate estaba enteramente de acuerdo para sublevarse en el momento convenido, y que él y el cabecilla Opodepe habían combinado el plan que en su oportunidad llevaron á cabo.

Tetabiate desertó de las filas del Gobierno y asumió el mando de la tribu: se ha dicho que él dirigió el combate del Mazocoba; que fué ayudado por el padre Beltrán y por Opodepe para construir las fortificaciones en dicho cerro y que estuvo allí hasta que viendo á las tropas federales asaltar sus posiciones y comprendiendo que su derrota era segura, se fugó en los momentos del asalto pretextando algún movimiento estratégico y abandonando á sus hermanos en la hora suprema.

No dudo que el pérfido Yaqi haya sido capaz de semejante felonía, pero no quiero creer que el sacerdote mencionado haya tomado parte voluntariamente en la construcción de los fortines, ni le creo capaz de haber ayudado á los rebeldes, contra las fuerzas de la Nación. Conoci á Tetabiate en Hermosillo, en la casa del Sr. Gral. Luis E. Torres, quien me presentó con él una tarde en que encontramos al Jefe Yaqi, tocando en una de esas *músicas* ú *órganos* de boca que usan los buhoneros, tendido indolentemente sobre el zacate del parque, estilo inglés, que rodea la elegante residencia del General Torres.

—Te presento al Sr. Dr. Hernández, amigo mío, le dijo el General.

—¿Mayor? preguntó Tetabiate poniéndose en pie.

—No, le contestó el General, el señor no es militar.

El indio me dió la mano, y murmuró á media voz algunas frases Yaqis que no pude entender.

—Este es, me dijo el Sr. Torres, Juan Maldonado, el Capitán general de los Yaqis.

Un extraño fulgor brilló en la mirada del guerrero, al fijarse en el Gral. Torres, pero aquello pasó con la rapidez de un relámpago: Tetabiate me vió por un instante con esa vaga é irritada expresión que he observado en los tigres enjaulados, cuando se sienten bajo la curiosa mirada de un importuno visitante y tendiéndome la mano para despedirse, volvió á recostarse sobre la yerba.

—Será preocupación, dije al Sr. Torres, pero ese indio me parece muy peligroso y yo en lugar de Ud. desconfiaría de él.

—No, me contestó sonriendo el Gral Torres; Tetabiate está enteramente libre, come conmigo en mi misma mesa, ha aprendido á servirse de los cubiertos y á dormir en el catre, pues al principio dormía en la alfombra de la lujosa recámara que se le había destinado; se está civilizando, está seguro de que el Gobierno cumplirá lo pactado con él, y vive en mi casa con la tranquilidad con que viviría en la suya propia.

En efecto, el Gral. Torres había alojado en su casa al caudillo Yaqi, colmándolo de bondadosas atenciones, y estaba muy lejos de sospechar la deslealtad con que el traidor y rencoroso indio premeditaba un nuevo golpe, que, á no haber fracasado, hubiera sido de funestas consecuencias.

Los combates sostenidos contra los rebeldes durante el año de 1899, fueron numerosos, y algunos de ellos importantes.

El 2 de Agosto, vence el General Lorenzo Torres á los indios en Palo Parado, pero es herido en un muslo.

El día 10 del mismo mes, derrota el General Luis E. Torres á 500 indios que defendieron palmo á palmo sus posiciones.

Tomaron parte en esta batalla 3 columnas á las órdenes de los Coroneles García Hernández, Joaquín Maas y Francisco Peinado: total 8 jefes, 776 soldados y 11 caballos pertenecientes á los 11, 12 y 17 Batallones; al 5.º Regimiento, una sección del 1er. Batallón de Artillería, la Guardia Nacional y la respectiva ambulancia.

Se recogieron 37 muertos del enemigo; el Gobierno perdió 11 muertos y 26 heridos: se distinguieron el Coronel García Hernández, el jefe de Estado Mayor Celso Vega y el Médico Cirujano Manuel Balbás.

El 14 del mismo mes de Agosto en el combate de Laguna Prieta, en el que tomaron parte fuerzas del 11, 12 y 17 Batallones, más la Guardia Nacional, á las órdenes del General Lorenzo Torres, se distinguieron el Capitán Cenobio Ozuna y el Teniente Pedro Sierra.

En Septiembre del mismo año, fueron derrotados 1000 individuos en el pueblo llamado Bahueca, dejando 87 cadáveres en el campo y perdiendo al conocido cabecilla Gutmasolero.

Las fuerzas del Gobierno, que se componían de los 12 y 17 Batallones, Guardia Nacional y ambulancias respectivas, tuvieron que lamentar la muerte del Capitán indígena Julián Espinoza, de la Guardia Nacional de Sonora.

El 9 de Noviembre fué herido en el combate de Laguna de los Coyotes, el Coronel del 4.º Batallón, Francisco de P. Guillén.

El día 11 del mismo mes es atacada por los indios una columna al mando del General Lorenzo Torres; acude García Hernández en su auxilio, los indios derrotados huyen rumbo á la costa, pero queda herido el Teniente del 17 Batallón Justo P. Mendoza.

Por fin, el 18 de Enero de 1900, tiene lugar el sangriento combate del Mazocoba, cuyo efecto fué decisivo, pues á partir de esa fecha los indios no pudieron volver á organizarse, ni presentar una batalla seria.

Por ser el combate del Mazocoba uno de los más importantes que en los últimos tiempos se han librado, me parece oportuno reproducir aquí el parte rendido á la Secretaría de Guerra por el General en Jefe de la Zona.

«El General Lorenzo Torres, Jefe de las fuerzas expedicionarias, sobre la Sierra del Bacatete, en parte fechado el 21 de Enero, dice al Cuartel General lo siguiente:

Tengo la honra de dar á Ud. cuenta de las operaciones practicadas con las columnas expedicionarias que ese Cuartel General se sirvió poner á mis órdenes para batir á los indios rebeldes en la Sierra del Bacatete.

Con la 3.ª columna mandada por el Coronel Jesús Gándara, con 240 hombres del 20 Batallón y un piquete de guías al mando del Capitán José M. Ayala, salí de las Guásimas el 15 del corriente á las 6.30 a. m.; llegué al Tetacombiate, y después de dar descanso á las fuerzas, salí á las 3 p. m. para el Bacatete, punto de concentración, á donde se me incorporaron el mismo día á las 6 p. m. las columnas 1.ª y 2.ª, que se componían de las siguientes fuerzas:

1.ª Al mando del Coronel Agustín García Hernández, con 200 hombres del 12.º Batallón, 82 de la Compañía Auxiliar de Loreto Villa, 50 de la 2.ª Compañía de Guardia Nacional á las órdenes del Capitán Tellechea y 69 hombres de Guardia Nacional y 3.ª Compañía á las órdenes del Teniente de Ingenieros Jesús Rincón.

2.ª Columna á las órdenes del Coronel de Estado Mayor Especial Angel García Peña, con 200 hombres del 4.º Batallón, al mando del Coronel Lauro F. Cejudo; 150 hombres del 11º Batallón al mando del Mayor Francisco Manzano; 50 de la Compañía Regional de la Baja California al mando del Capitán 1.º Pedro Cuéllar, y 23 guías indios al mando del Capitán Antonio Islas.

Al incorporarse dichas fuerzas, me dieron parte de haber encontrado un pequeño grupo de familias en la cuesta «Agua Verde», las que informaron que otros grupos habían salido para Chunamove, Chichiquelite y Baccetaboca, y que el cabecilla Pablo Opodepe, con su fuerza, estaba fortificado en la mesa del Mazocoba.

Pernoctaron las tres columnas en el Bacatete: El día 16 á las 7 a. m. ordené á la 1.ª que marchara por el Puerto del Bacatete, á salir por el Puerto del Baccetaboca, con el objeto de cortar una partida que merodeaba por el Sahuaral, dejando la 2.ª Compañía de Guardia Nacional para incorporarla á la 3.ª columna.

Ordené á la 3.ª columna que marchara hacia la izquierda, reconociendo los cerros del Sauz que están frente al Valle de Guaymas, con instrucciones de incorporármese en los Pilares, y yo con la 2.ª columna, cuyo mando me reservé, me volví rumbo al cañón del Bacatetito y reconociendo hasta el Mazampo, capturé en este último punto un indio, quien me informó que en la mesa del Mazocoba se encontraba el grueso del enemigo, informe que fué ratificado por un grupo de indios que capturé más tarde en el aguaje del Mazampo, que encontré agotado.

En este mismo aguaje se me incorporó la 3.ª columna, y con ésta y la 2.ª marché al aguaje del Buare, en donde pernoctamos, siendo este cambio de dirección debido á la falta de agua en el Mazampo.

En vista de los informes de los indios, ordené al Coronel Gándara en la mañana del día 17 que con la 3.ª columna emprendiera su marcha para el Bacatete, llevando un pliego con instrucciones para García Hernández, recomendándole se acercase por la mesa del Buare y de la Gloria con el objeto de atacar en combinación la mesa del Mazocoba.

Habiendo dado órdenes á Gándara para que del Bacatetito se encaminara también al Mazocoba por el Saucito, marché con la 2.ª columna á dicho punto, por los Pilares, en donde encontré al Coronel Peinado; y después de instalar allí á dicho jefe, me dirigí en la mañana del día 18 al Mazocoba, por los cordones de las Corúas.

El movimiento de las tres columnas combinadas tuvo por objeto obligar á las partidas de indios que se encontraban en los caminos á que se reconcentraran en el Mazocoba, lo que se consiguió.

A mi llegada frente al Mazocoba, en el mismo día 18 por la mañana, encontré las columnas 1.ª y 3.ª ya posesionadas frente al enemigo; la 1.ª en la mesa «La Semana Santa», como á 600 metros (habiendo una cañada de por medio) del cerro ocupado por los indios, y la 3.ª en el aguaje del Mazocoba.

Mi columna quedó colocada en el centro, teniendo á su izquierda á la 1.ª, á su derecha la 3.ª y el enemigo al frente.

Con relación al cerro ocupado por el enemigo, la 1.ª columna estaba situada al Norte, la 2.ª al Noroeste y la 3.ª al Sur.

Simultáneamente rompieron sus fuegos sobre los indios, tiradores de la 1.ª y 3.ª columnas, como á las 10 a. m.

Antes de empezar el combate había ordenado al Capitán 1.º Pedro Cuéllar, que con la fuerza de su mando, mi ayudante el Teniente Jesús Vargas y el piquete de guías indios ocupara un crestón bien cubierto, situado como á 50 metros de los fortines del enemigo, movimiento que quedó ejecutado á las 12 a. m.

Ordené también al Coronel García Peña que dejando una sección del 4.º Batallón para proteger la impedimenta y municiones, subiera con las fuerzas del 4.º y 12.º por la izquierda del Capitán Cuéllar para protegerle y tomar posiciones, lo que verificó situándose á la altura de los fortines enemigos y como á 150 metros de ellos.

La distancia, la aspereza del terreno y las precauciones para cubrir el movimiento, hicieron que éste no quedara ejecutado hasta las 2 p.m.

El Coronel García Hernández desprendió de sus columnas al Comandante Loreto Villa, con la Compañía de auxiliares de su mando, para que, descendiendo hasta el fondo del arroyo, subiera hacia la izquierda de nuestra posición protegiendo él su marcha.

Poco después observé que bajaba la 3.^a Compañía de Guardia Nacional, reforzada por una fracción del 1er. Batallón, siendo este movimiento más dilatado, pues terminó como á las 3 p. m.

Entretanto el Coronel Jesús Gándara había tomado posición en la forma siguiente:

Con una sección de la 3.^a Compañía del 20 Batallón y 25 hombres de Guardia Nacional al mando del Capitán José María Ayala, ocupó un cerro á su derecha (cañón de por medio) respecto de los fortines del enemigo.

Con otro grupo de 29 hombres del 20 Batallón y 5 Nacionales, ocupó otro cerro á su izquierda, teniendo también un cañón de por medio entre éste y las posiciones de los indios; y él mismo con el resto de su fuerza, avanzó hasta acercarse al pie del creston esperando la señal del ataque.

Estando ya en el sitio en donde había colocado al Coronel García Peña, dispuse que quedaran allí una sección del 4.^o Batallón y otra del 11.^o con un total de 125 hombres, lo que me pareció suficiente para hostilizar desde allí al enemigo, y di orden á los Coroneles García Peña y Cejudo para que con el resto de las fuerzas de su mando bajaran y formaran la reserva.

Entretanto envié órdenes violentamente á los jefes de las otras columnas para que procedieran al asalto, y poco después sentí el nutrido fuego que se hacía por nuestra izquierda, y que correspondía á las demás columnas en sus respectivas posiciones.

Quedaba ya empeñado el asalto, y en consecuencia ordené á los Coroneles García Peña y Cejudo que avanzaran violentamente con la reserva á cortar la retirada del enemigo, lo que se ejecutó con toda oportunidad.

El asalto se ejecutó con perfecto éxito, arrojando al enemigo de las posiciones que ocupaba y defendía con tenacidad, y como en el centro de la fortificación general se encontraban muchos cercados de piedra, como fortines, fué necesario desalojar palmo á palmo al enemigo, hasta que, rechazado en todas sus posiciones por el empuje de nuestras tropas, buscó su salvación en la fuga.

Algunos de los indios, al verse perseguidos de cerca, se precipitaban al fondo de barrancos inaccesibles donde encontraban la muerte; un grupo considerable se arrojó por una cañada estrecha para morir en su mayor parte á manos de las reservas de los 4.^o y 11.^o Batallones que tenía situadas allí.

Por el lado ocupado por las reservas del 20 Batallón, desembocó un gran número de indios, de los cuales murieron muchos; pero ya el Sol se había puesto, estaba muy oscuro, las municiones se habían agotado, y á esta circunstancia se debió que el enemigo no fuese totalmente destruido.

Las pérdidas del enemigo fueron más de 400 muertos, sin contar los que se precipitaron al fondo de los barrancos, que fueron muchos.

Entre los cadáveres del enemigo se identificó, fuera de toda duda, el del cabecilla Pablo Ruiz (a) Opodepe, á quien los rebeldes reconocían como Jefe supremo, y que fué sin duda el alma de la rebelión.

Además se hicieron como 1,000 prisioneros mujeres y niños, la gran mayoría de los cuales murió en el camino del Mazocoba al Tetacombiate; otros se extraviaron y el resto, 834, queda á la disposición de Ud. en el cuartel de las Guásimas.

Entre los prisioneros capturados se encontró el sacerdote D. Fernando M. Beltrán y cuatro hermanas Josefinas que quedaron en libertad desde luego y quienes habían sido secuestradas por los rebeldes en el pueblo de Vícam en la fecha en que éstos se sublevaron.

Finalmente, se les quitaron 35 armas de fuego de todas clases.

Por nuestra parte tenemos que lamentar las pérdidas siguientes:

Muertos de la Guardia Nacional: Capitán Luis Espinosa, Teniente José Aldai, Subteniente Mariano Abrego y seis individuos de tropa.

Del 4.^o Batallón cinco individuos de tropa y dos de la Compañía Regional.

Heridos: 11 de tropa de la Guardia Nacional. 10 del 4.^o Batallón.

Del 11.^o Batallón, el Subteniente Jesús Belona y 12 individuos de tropa.

Del 12.^o Teniente Aurelio Sánchez, Subteniente Francisco J. Enciso y 15 de tropa.

Del 20.^o Batallón, 7 de tropa.

De la Compañía Regional de la Baja California, su Comandante Capitán 1.^o Pedro Cuéllar y un individuo de tropa.

El combate duró desde las 10 a. m. hasta el obscurecer, y no se pudo reconocer el campo hasta el día 19, habiendo pernoctado en él nuestras tropas.

El día 19 se empleó en recoger los heridos, remitir á ese Cuartel General los prisioneros y sepultar los cadáveres.

El Jefe de la 3.^a columna recomienda en su parte la conducta observada en el combate por el Teniente Fernando Camacho, Sargento 2.^o Justo Barragán y soldados Trinidad Maldonado, Rafael González y Cruz Mejía del 20.^o Batallón, y por el Subteniente Manuel Rodriguera y Sargento 2.^o Crispín Casillas de Guardia Nacional.

Por mi parte, creo que el comportamiento de todos los jefes, oficiales y tropa, fué el que corresponde al soldado pundonoroso y valiente, y no me sería posible hacer especial mención de alguno de ellos, porque resultaría en agravio de los demás, pues todos cumplieron con igual empeño, inteligencia y bizarría.

Se necesitaban jefes tan experimentados y firmes como los Coroneles García Peña, García Hernández, y Cejudo, para llevar á cabo esta combinación formada á tan larga distancia y ejecutada en terrenos tan accidentados.

Por último, no dejaré de presentar á Ud. las grandes penalidades sufridas por nuestras tropas, debido á la escasez de agua.

Hónrome en felicitar al Supremo Gobierno, por conducto de Ud., por este triunfo de las armas nacionales.—Lo que me honro en transcribir á Ud., etc., etc.

El General en Jefe, *Luis E. Torres.*»